

y su origen es evidentemente griego, aun cuando se ha dudado que sean de Phidias y Praxíteles, como dicen las inscripciones latinas esculpidas en los pedestales. Se cree que estas inscripciones no son anteriores á la época de Constantino, y nada prueban acerca de la autenticidad de unas estatuas que, á juicio de los anticuarios, datan de setecientos años antes de la época en que Constantino las mandó colocar en sus termas. Pero sea cual haya sido el origen de los grupos, no se puede dudar de su gran mérito, ora se considere la regularidad en las proporciones de los hombres y de los caballos, ora la sublimidad del estilo y la delicadeza del trabajo.

Vuelta la espalda al célebre monumento, se tiene delante la fachada principal del palacio. Comenzado á construir por disposición de Gregorio XIII, fué continuada la obra por Sixto V y por Clemente VIII, quienes encargaron de la dirección á Domingo Fontana. Paulo V encomendó la ornamentación á Carlos Maderno, y otros muchos Pontífices prosiguieron mejorando el edificio hasta Pío VII, que lo embelleció al estado en que se lo encontró Víctor Manuel II. Peregrinos católicos, no quisimos solicitar permiso para visitar la residencia del soberano que se llama rey en Roma, cuando nuestros principios religiosos no nos permiten reconocer otro rey en la Ciudad Eterna fuera del Papa. Aun cuando teníamos gran deseo de penetrar en el interior del palacio, resistimos á esa especie de tentación, y tomando la ruta de la Vía Nacional, nos encaminamos á la plaza en donde se hallan los magníficos restos del Foro Trajano.

Este admirable Foro se componía de una gran plaza en la que se elevaban soberbios edificios, cuya construcción fué dirigida por el célebre Apolodoro de Damasco, á quien Trajano encargó la obra cuando volvió triunfante de la guerra con los dacios. Lo que la historia y los monumentos nos han dado á conocer de este foro, evidencia que su magnificencia sobrepujaba á todo lo que antes se había visto. Imagínese el lector una inmensa plaza de trescientos setenta metros de largo por setenta de ancho, cercada de soberbios edificios, en

los cuales los arcos y las columnas, los frisos y las cornisas, las molduras y bajo-relieves, presentaban un conjunto de la más bella y suntuosa arquitectura greco-romana; los mármoles y los mosaicos revistiendo las paredes y los pavimentos; los broncees dorados formando los capiteles y los rosetones y las estatuas. Nada más bello, nada más artístico, nada más suntuoso llegó á verse en Roma en aquella memorable época. Un magnífico arco de triunfo servía de entrada principal á esa reunión de construcciones, de las cuales la más extensa era lo que se llamaba propiamente el foro; un gran patio cuadrangular cerrado con elegantísimos pórticos, formados con dobles hileras de marmóreas columnas; en la parte exterior de las paredes laterales, dos hemicielos de muy hermosa apariencia. En la extremidad del patio, frontera al arco de triunfo, la basílica *Ulpia* con sus cien columnas, y sus dos bellos hemicielos, y su magnífico pórtico, en cuyo centro se erguía majestuosa la gran columna que todavía se conserva en pie y en toda su integridad. A los lados de este pórtico los departamentos de la Biblioteca, y en frente el famoso templo consagrado á Trajano.

En la plaza de Roma á donde conducen hoy la Vía Nacional y la Vía Alejandrina, admíranse muchos de los grandes vestigios del espléndido foro. Las columnas de una parte de la basílica *Ulpia*, y algunas del pórtico, y multitud de fragmentos de cornisas, de frisos, de capiteles, y de estatuas, forman dentro del perímetro cercado de dicha plaza, como á tres metros bajo el nivel del piso actual de la ciudad, un gran museo al aire libre, que manifiesta la grandiosidad y riqueza de aquellas construcciones con que inmortalizó Apolodoro su nombre y el del emperador Trajano.

En medio de los preciosísimos restos de aquellos edificios, sobresaliendo á muchas de las más elevadas construcciones modernas, levántase majestuosa la más bella columna que de la antigüedad nos queda; uno de los monumentos más admirables que nos legara Roma de la época de su mayor prosperidad, el único que se conserva íntegro, sin haber sufrido deterioro en el trancurso de los siglos. Más de diez y

ocho centurias han pasado sobre ese incomparable monumento, y todavía leemos distintamente en sus bellas esculturas la historia de uno de los hombres más eminentes del paganismo, y todavía nos recreamos con la lectura del más sublime poema heroico que haya escrito el cincel sobre la piedra. Dos mil quinientas figuras humanas esculpidas en el mármol, están pregonando todavía la fama de uno de los grandes capitanes de la tierra, el esplendor y grandeza de uno de los soberanos de Roma pagana, y la magnificencia y poder de esa misma Roma en su estado de mayor apogeo.

Curiosos datos pudimos proporcionarnos acerca de este grandioso monumento. La columna es de orden dórico formada con treinta y cuatro *blocs* de mármol blanco de Carrara, colocados uno sobre otro sin argamasa, y asegurados con grapas de bronce. El gran pedestal está compuesto de ocho piedras, y el capitel y la base de una sola. La altura total del monumento desde el suelo hasta la cabeza de la estatua es de 42m 40c., correspondiendo 4m. 50c. al gran pedestal, 28m. 90c. á la columna con el capitel y la base, 4m. 50c. al pedestal de la estatua y 3m. 54c. á esta última. El diámetro inferior de la columna es de 3m. 41c. y el superior de 3m. 21c.

El exterior está cincelado desde el pedestal hasta el capitel. La ornamentación del pedestal se compone de trofeos militares en que figuran corazas, cascos, águilas; todo admirablemente esculpido y de una composición excelente. En el fuste de la columna están representadas las dos campañas de Trajano contra Decéballo, rey de los dacios: dos mil quinientas figuras de hombres, todas diferentes; infinidad de caballos, de armas, de máquinas de guerra, de enseñas y trofeos militares, forman una variedad asombrosa de objetos esculpidos con maravilloso arte, en una gran cinta, que separada por un cordón en espiral, da veintitrés vueltas á la columna de abajo para arriba. Estos bajo-relieves han sido calificados obra maestra de escultura, y han servido de modelo á los grandes artistas como Rafael, Julio Romano, Polidoro de Caravaggio y otros muchos.

La columna está hueca por el interior. La puerta que se abre en el gran pedestal, da entrada á una escalera de 182 gradas que alumbran 43 ventanillas. Arriba del capitel hay una plataforma cercada con un barandal de fierro, sobre la cual se levanta el pedestal en que descansa la estatua que antes fué de Trajano y hoy es de San Pedro, en bronce dorado, y la hizo colocar el Sumo Pontífice Sixto V.

Cuando al recorrer la Ciudad de Roma, pasa el viajero enfrente de alguna iglesia, no debe seguir adelante sin entrar en ella, porque se expone á quedar privado de ver alguna maravilla del arte, algún objeto histórico de importancia, ó alguna insigne reliquia. Nosotros habíamos pasado varias veces frente á la iglesia de los Santos Apóstoles, que se halla distante una calle del Foro Trajano, y sin antecedentes de lo que contenía, seguíamos nuestro camino sin detenernos á visitarla. ¡Cuánto nos habría dolido esta omisión si un officioso guía no nos hubiese invitado á entrar en aquel templo!

La iglesia de los Santos Apóstoles pasa por ser una de las que fueron erigidas en tiempo de Constantino. Probablemente no queda de la primitiva construcción otra cosa que el sitio en que fué edificada; porque bajo el pontificado de Martín V se la reedificó en totalidad, y en el siglo pasado fué reconstruida nuevamente. Su aspecto, por lo mismo, así en el exterior como en el interior, es de una iglesia moderna; mas no por eso deja de llamar la atención del visitante.

La fachada principal ostenta un pórtico de buen estilo y en él se admira un hermoso monumento sepulcral del cincel de Cánova: allí descansan los restos del famoso grabador veneciano Juan Valpato. Es muy notable el bajo-relieve que lo adorna, y representa á la Amistad en la figura de una mujer llorando sobre la tumba del difunto. El interior de la iglesia es de tres naves divididas por pilastras corintias que sostienen la bóveda, la cual está decorada con un fresco de muy bella ejecución, representando el triunfo de la Orden Seráfica, y otras buenas pinturas, como las de los Evangelistas y las de los cuatro Doctores de la Iglesia: todas son ori-

ginales de Baciccio. En las paredes merecen estudiarse los doce Apóstoles que se hallan pintados en las laterales, y un San Juan Bautista y un San Francisco que se ven sobre el muro de la entrada.

En el altar mayor hay un buen cuadro de Muratori, que representa el martirio de los Santos Felipe y Santiago. A los lados del presbiterio son dignas de verse dos tumbas que llaman la atención por la elegancia de los detalles y por el buen estilo de la cinceladura; la de la derecha, que es del Cardinal Riario, fué dirigida por Miguel Angel; con lo cual, ya está dicho, que figura entre las grandes obras del arte.

Una joya de gran estimación posee la iglesia de los Santos Apóstoles y bastaría por sí sola para hacer interesante la visita á la expresada iglesia. Un joven arquitecto, apenas salido de la Academia, descubría ya las dotes de un gran artista en la escultura. Tratábase de levantar un monumento digno á la memoria del célebre Pontífice Clemente XIV. El trabajo fué encomendado á ese genio en ciernes, y la obra fué ejecutada, y apareció á poco tiempo en los Santos Apóstoles una de las más bellas tumbas que se han erigido en Roma en la edad moderna, y el nombre de Antonio Cánova resonó en los ecos de la fama, y la ciudad de los Papas celebró con aplauso la aparición de un genio que más tarde habría de figurar dignamente al lado de los primeros artistas del renacimiento. Cánova dió á conocer sus maravillosas aptitudes para la escultura en esa magnífica estatua de Clemente XIV que supera el monumento y en las otras dos que representan la Templanza y la Clemencia. Es admirable la armonía de sentimientos que se revela en este grupo interesante: las dos virtudes que simbolizan dos hermosas mujeres, refléjanse en el semblante del Pontífice, que además deja entrever ciertos rasgos de energía de carácter, cualidad de que dió alguna terrible prueba durante su corto reinado.

Junto á la iglesia de los Santos Apóstoles hay un edificio de grandioso aspecto por sus proporciones, si bien su arquitectura exterior no puede recomendarse como un modelo. Es

necesario entrar en él, porque encierra en su interior objetos de gran mérito artístico: es el palacio Colonna.

La familia de los Colonna es una de las más antiguas, de las más ilustres y de las más opulentas de Italia. Tiene para nosotros la mancha de haber sido una de las que durante ocho siglos lucharon contra los Papas en aquellos tiempos luctuosos en que la nobleza romana pretendía imponerse al Papado y llegó á sobreponerse más de una vez al poder de los Pontífices. La familia Colonna, sin embargo, cuenta en su genealogía centenares de personajes históricos, entre los cuales hubo un Papa, Martín V, varios Cardenales, condestables, almirantes, famosos capitanes, entre otros Marco Antonio, que compartió con D. Juan de Austria la gloria de Lepanto; escritores ilustres, y una mujer célebre, más por sus virtudes que por sus poesías, Victoria Colonna.

Desde que se entra en este palacio se reconoce que es la residencia de una familia de príncipes, viendo brillar en la vasta antecámara que precede á las salas de aparato, las armas de la casa debajo de un elegante pabellón. La pieza de honor de este blasón es una columna, en italiano *colonna*, signo de fuerza y de estabilidad. Muy estimables cuadros y estatuas, aunque los más de orden secundario, adornan las salas de recepción y la soberbia galería, cuyo edificio es por su arquitectura el primero en elegancia y magnificencia en los palacios de Roma.

La primera pieza es un hermoso salón ricamente amueblado y cubierto de damasco de seda recamado de flores. La pintura que llama desde luego la atención en esta sala es el retrato de un niño, de Juan *di Santi*, padre de Rafael. El niño representa unos diez años; tiene en la cabeza una gorra pequeña que deja ver sus hermosos cabellos blondos. Está vestido de terciopelo amaranto y lleva en el cuello una pequeña trenza del mismo color. De mejor colorido y más fino que las pinturas de Rafael, este cuadro es sumamente curioso. Aunque menos conocido el padre que lo fué el hijo, no puede dudarse que tuvo un sentimiento muy elevado del arte.

No son menos estimables un hermosísimo bosquejo de Ru-

bens, la partida de Jacob, y un retrato de María M. Colonna, de Gaspar Netscher, quien modeló la cara con mucho arte y tocó las ropas con esa finura, con esa riqueza en los detalles y con esa cariñosa ejecución que sólo pertenece á las escuelas del Norte.

Dos cuadros de Van Dyck, la Virgen de los siete dolores y la de los siete gozos, nos hacen remontar al origen de la pintura al óleo, cuya invención se atribuye al maestro. No es solamente la intensidad del colorido, su conservación y su belleza lo que debe admirarse en estos cuadros; es el tipo de las figuras, la ingenuidad del sentimiento, la gracia y la expresión.

Asunto muy repetido en las galerías de Roma es el de la Sagrada Familia, porque durante más de tres siglos fué objeto de predilección para los pintores italianos. Entre las pinturas de éstas que hay en el palacio Colonna, se distinguen tres principalmente: una de Pesaro, gracioso discípulo y rival del Guido, otra de Inocencio de Scuola, imitador de Rafael, y la tercera de un artista de genio, el Parmesano.

Hubo en Roma un pintor que fué reputado como especialidad para las representaciones de la Santísima Virgen; se llamaba Sasso Ferrato. Los sacerdotes, las personas devotas y las comunidades religiosas le formaron una reputación inmensa. Sasso Ferrato fué en Roma el pintor de las Vírgenes. Sus Madonas se parecen mucho: tienen todas los ojos bajos, las manos juntas y un aire de modestia y una expresión de pureza que no ha sabido imitar ningún otro pintor. En la segunda sala de la galería Colonna hay una de estas vírgenes. Está en busto y sola; es decir no tiene al Niño en los brazos. El dibujo es correcto, el colorido agradable y las manos principalmente son de una perfección extremada.

Hállase adornado este salón con magníficas tapicerías flamencas, representando unas la historia de Moisés, hechas en Bruselas sobre dibujos de Rubens; otras ejecutadas en París, son relativas á varios asuntos de la historia romana. Unas y otras son de gran mérito y valiosísimas.

Entre los cuadros más notables de la sala mencionaremos

un Cristo muerto, de Bassán, algunos soberbios retratos de la escuela veneciana, como el del P. Panvini, por Ticiano, el de un viejo que toca el clave, por Tintoretto, y el de Lorenzo Colonna, de autor desconocido, y una Sagrada Familia de París Bordone.

De esta cámara se pasa á la tercera, que es como el vestíbulo de la gran Galería. Está adornada con muebles de una riqueza incomparable, entre los cuales hay unas mesas de madera tallada con tal perfección, que no puede imaginarse un trabajo superior, y un escritorio de ébano macizo, adornado con veintiocho bajo-relieves de marfil, ejecutados con una paciencia, con una finura y con un arte admirables, por los hermanos Steinhart, alemanes: en el centro del mueble uno de los bajo-relieves, representa el Juicio final, copia del de Miguel Angel; los demás son reproducciones de los más célebres cuadros de Rafael. Treinta años emplearon los autores en acabar este prodigioso mueble, tal vez único en el mundo.

Extasiado el visitante contemplando esta maravillosa obra de arte, hasta olvidaría fijarse en un cuadro encantador, la partida de caza, de Berghem, en los hermosos paisajes de Guaspere, en unas ruinas del palacio de César, cuadro luminoso, animado con figuras rústicas, y en un magnífico cielo raso, lleno de alegorías relativas á la batalla de Lepanto, ejecutado por Juan Coli y Felipe Gherardi, quienes mezclando el estilo lombardo á la ejecución veneciana balancearon en Italia la gloria de Pedro de Cortona.

Difícilmente se puede formar idea de la magnificencia de la gran Galería, sin verla. No es posible describir sus bellezas, y á juicio de los inteligentes no hay cosa igual en Roma y acaso ni en Europa. Alumbrada por veinte tragaluces; decorada su magnífica bóveda con frescos bellísimos que representan la batalla de Lepanto, revestido el pavimento con exquisitos mármoles de color, la Galería mide setenta metros de largo por doce de ancho y diez de altura. Veinte estatuas antiguas de singular belleza, cuatro inmensos espejos de Venecia sobre los cuales pintaron genios y flores los eminen-